

EL CAMINO DE COMPOSTELA

ECCLESIA PEREGRINA
 En los viejos tiempos sentían las gentes el anhelo de andar y ver como en nuestros días. Pero los caminos eran largos y fértiles en toda suerte de fatigas, así del cuerpo como del alma. De ahí que tratase de llenarlos de atmósferas de espíritu, y lo que hoy es mero turismo, solaz de la vista y al paso, era para ellos camino de perfección. Peregrinar por Cristo constituía la cima de toda santidad. "Carecemos aquí de estable mansión", había dicho San Pedro, y nuestro vivir debe cifrarse en un avance continuo, en caminar sin desmayo hacia el Señor, que si mora en los cielos, se le palpa en ciertos rincones de la tierra por modo directo.

JERUSALEN Y ROMA
 Así nace la peregrinación y así nace la Cristiandad: oleaje de gentes y pueblos hacia el lugar santo, donde florece el milagro, como en el cielo florece la estrella o la flor en campos de abril. Finalizaba el cuarto siglo cuando una monja gallega, soñadora y andariega, emprende las rutas de Palestina. Su curiosidad no tiene límites, y visita lagos y montañas, parajes solitarios y ciudades, los rincones todos en que puede encontrar huella alguna del Salvador. Girovaguear por Cristo era para ella adherirse y transformarse en él. Por aquellos días todas las miradas se



dirigían a los lugares bíblicos. Sus aires conservaban aún ecos del divino Maestro, y el fondo de las aguas estigmas de su rostro. Quien carecía de valor para tamaña peregrinación, paraba sus pies en Roma. No había escuchado voces del Rabí la ciudad de las siete colinas, pero si las de sus más pegados discípulos, con el calor aún vivo en sus corazones.

gada del peregrino a los lugares de la Escritura. Jamás había tenido años tan tristes y desconcertantes la naciente Cristiandad. Pero de nuevo el milagro y otro sepulcro otorgándole bríos y atando un poco su unidad maltrecha. Una urna mármorea entre el bosque y una estrella en los aires señalándola al ermitaño. Encerraba la urna el cuerpo de Santiago, hijo del Zebedeo y primo del Salvador Jesús, peregrino nueve siglos hacía por estas tierras. Era fogoso y atrevido como Pedro, y con él y su hermano Juan, fué testigo de los momentos más excelsos de la vida del Rabí. Cuando todos se dispersan para arrojarse por el mundo la sembradura de la Buena Nueva, llega él a estas costas donde la tierra acaba y el sol pierde su brillo. Las márgenes del Ebro, los campos de la Bética y, por último, los bordes del mar incógnito. Luego vuelve a su país y su vida se convierte en roja flor por el martirio.

... Y EMPIEZAN LOS DIAS DE COMPOSTELA

Ruedan los siglos y ocurren hartas cosas en estas viejas tierras del Finisterre. Una iglesia va creciendo entre temores y temblores en Iria Flavia. El momento es angustioso, pues ronda el mar las cercanías, y sombras apocalípticas se ciernen sobre el horizonte del primer milenio. Así las cosas, cuando el obispo Teodomiro grita la nueva del cuerpo recobrado. Los fieles del contorno se conmueven y afluyen alborozados al "Campo de la Estrella"—Compostela—, para postrarse ante los restos sagrados. Así empiezan los días de Compostela. Primero los cristianos de la pequeña diócesis; luego el rey Alfonso con su corte asturiana; en seguida los devotos de todas las demás regiones peninsulares intactas al sarraceno; más tarde... la Cris-

Y, al igual que en Jerusalén, un sepulcro con la rosa del milagro floreciendo sobre su lápida.

SANTIAGO BOANERGES
 Pasan los tiempos y rubias melenas se descuelgan sobre los países cristianos, y befos labios de hereje impiden la lle-

tiandad entera de un anhelo peregrinante hacia estos puntos donde el sol se pone. Alfonso el Casto comunicó el hallazgo al Emperador de Aquisgrán y al Pontífice de Roma, enviándoles como testimonio de su escrito una parte de los restos sagrados. Y León III lanza la nueva al orbe entero: "Sabed, guías dilectos de la Cristiandad, que el cuerpo de Santiago Zebedeo, hermano de Juan, fué trasladado al Campo de la Estrella..."

QUIÉNES VENIAN A COMPOSTELA

Europa entera se llena de caminos que conducen a estas tierras donde el apenado encuentra dicha, el ciego la vista, anda el cojo y el poseso deja de serlo. Así hablaba un siglo después Alfonso III en carta al pueblo de Tours. Venían a Compostela gentes de los países más lejanos y dispares, y no sólo fieles de Roma, sino súbditos del Patriarca de Antioquía y Constantinopla y de las mismas tierras paganas: cuantos sentían sobre sí el peso de la culpa y anhelaban desahirse de ella. El autor del Calixtinus nos lo cuenta en su prosa dulce y agradable: "Llegan de todos los climas del mundo, de la nación y fuera de ella, francos, normandos, escoceses, teutones, irlandeses, iberos, gascones, de Baleares, navarros, vascos, godos, provenzales, lotaringios, anglos, bretones, flamencos, frisonos, del Delfinado, Saboya y Poitou, italianos, pulleses, aquitanos, griegos, armenios, dacios, noruegos, rusos, georgianos de Nubia, parios, romanos, gálatas, efesios, medos, toscanos, sajones, sicilianos, asiáticos, del Ponto, indios, cretenses, hierosolimitanos, antioqueños, galileos, sardos, chipriotas, húngaros, búlgaros, africanos, persas, alejandrinos, egipcios, árabes, moros..." Sigue el escritor mencionando algunos más, y, aunque in-



fluja algún tanto el relato escriturario de la venida del Paráclito, no cabe duda que sus palabras se aproximan a la realidad. Un nuevo Pentecostés se abría para la Cristiandad occidental, que la conduciría a través de los torvos vaticinios del año mil y le otorgaría ser y vida. confluencia en tierra hispana. Un hospital cuidaba de ellos y en él recibían indicaciones preciosas para proseguir el camino. En quince jornadas divisarían sus ojos el Pórtico deseado, y por él entraría la dicha en su corazón. Eran jornadas duras, y no siempre los moradores les guardaban el merecido respeto. Pero a su vera encontrarían hospitales y cenobios, prestos a aligerar su camino otorgando alivios a cuerpo y alma. De Roncesvalles a Puente de la Reina, pasando por Jaca y Pamplona. De aquí a Nájera, y luego, por Santo Domingo de la Calzada y Montes de Oca, a Burgos, tierra de castillos y romances y cabeza del pequeño condado. Había en la ciudad numerosos hospitales para su albergue, aunque no habían surgido aún las cristerías y torres de su catedral con aires tan diversos de los que henchían sus pechos. Era otro mundo, un mundo de ojiva y nervio, movido por ideas

que no entendían de peregrinaciones ni de otras muchas cosas del vivir cristiano. Con ellas desaparece la Cristiandad y brota Europa, revoltijo de ideas en pugna por ahogarla. Seguía la ruta por Furnelos a Frómista; luego a Sahagún, y el día séptimo se llegaba a León, con la bella iglesia de San Isidoro y el hospital con caballeros de Santiago. De León, pasando por Puente de Orbigo, hasta Astorga; y enseguida a Ponferrada, Cacabelos y Villafranca del Bierzo. Preciosas tierras, monacales por esencia, con palpitantes recuerdos en piedras y sendas de San Fructuoso y San Valerio. Por Villafranca se entraba en Galicia, y a través de Triacastela, Samos y Palas del Rey, se llegaba a Lugo. Dos jornadas más y sus pies pisarían el Monte del Gozo, desde donde contemplaban sus atónitas pupilas las suspiradas torres compostelanas. Largos meses, tal vez años, de devota romería, con mil peligros de alma y cuerpo, tenían aquí su meta. Pero bien compensado quedaba todo teniendo ante su vista el admirable Pórtico de la Basílica, con toda la gloria celeste en torno al Pantocrator y al Señor Santiago. Era para él como una parusia de los días futuros. Angeles y querubines, patriarcas y profetas, apóstoles y evangelistas, y abajo, los poderes del Averno abatidos por esa Gloria. **CANCIONES E INSIGNIAS DEL PEREGRINO** Cinco siglos permaneció viva esta ruta compostelana, señalada en el cielo por especiales constelaciones y en la tierra por un tropel de gentes de toda lengua y rito que venía a expiar sus culpas o las ajenas, pues también se dió ese caso. Los cinco siglos más bellos de Occidente. No existían en ellos pueblos, sino un pueblo único, trabado por vínculos de fe. Todo dejó de ser al cesar los romeros a Compostela.



Aparecía bordado el camino por hospitales, castillos y abadías. En éstas se copiaban los viejos manuscritos y se salmodiaban loores divinos; en los castillos vibraba airoso el culto al heroísmo y al espíritu caballeresco, y en los hospitales se deshojaban las más tiernas flores de caridad en su servicio. Todos fueron fuente de romances y leyendas, de nuevas formas en arte y letras. En ellos nació o por ahí pasó, al menos, cuanto es cifra de la cultura occidental: arte románico, canciones populares, épicos poemas y amorosos versos, en vulgar y en la antigua lengua.

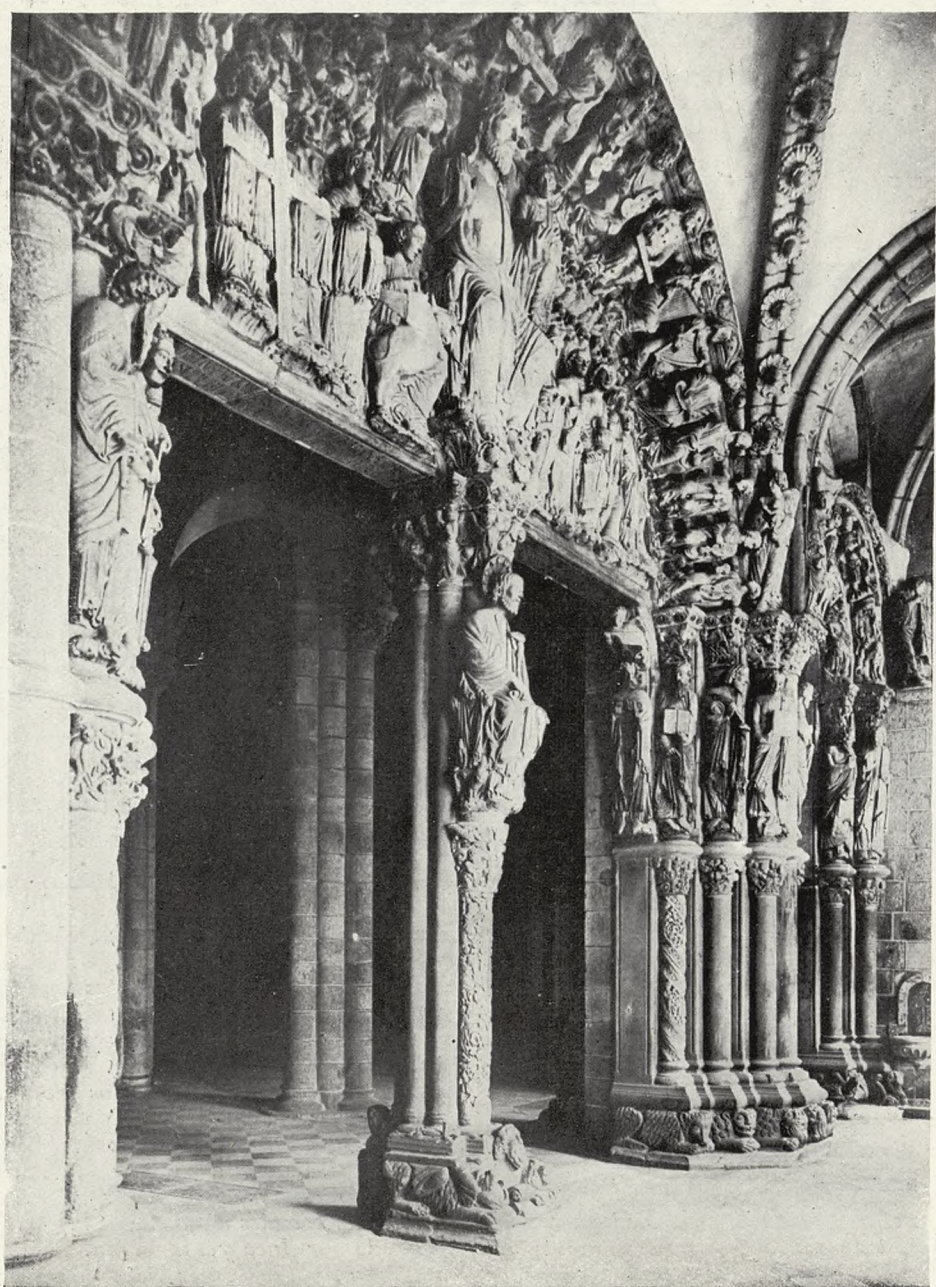
Todo lo trajo y lo llevó el peregrino jacobeo en ese incesante ir y venir, llenando los aires de Europa de plegarias y canciones. Algunas llegaron hasta nosotros en un latín casero y con el aroma del pueblo en sus rudos e ingenuos trazos. Los peregrinos flamencos la cantaban así:

Herru Sanctiagu,
 Got Sanctiagu,
 Eh ultreia,
 Eh sus eia,
 Deus, adiuva nos!

Distinguíase el peregrino de Santiago de cualquier otro romero por esos cantos y por las prendas que adornaban su cuerpo: escarcela, báculo y vieira, recibidos de mano sacerdotal antes de emprender el viaje. Abierta la escarcela, más apta para dar que para retener; el báculo para apoyar su cuerpo fatigado, y la vieira por ser el don del Apóstol al caballero aquel que le hizo visita en las profundidades del mar.

PEREGRINOS DE NUEVO

Cesan las peregrinaciones al desaparecer la Cristiandad con el Gótico. La fe se torna ojiva y dejan de ser colectivas la plegaria y la canción, haciéndose individuales. Ya no se buscará a Cristo



horizontalmente, sino en un afán vertical o en los fondos del interior.

Viene luego el barroco, y tampoco Compostela grita su voz. La propia ciudad se acomoda a las nuevas formas, que cubren, cuando no arrinconan, los viejos estilos, tan graves, tan profundamente teológicos, tan genuinamente cristianos.

Así hasta nuestros días, en que empiezan a flotar ambientes antiguos, modos de piedad que se ignoraban o no se sentían centurias hace. La gran revelación de los tiempos nuevos—saberlo bien, amigos—es ese espíritu de comunidad que nos hace sentirnos cuerpo y nos obliga a rezar en común, a la canción

litúrgica, a la peregrinación en masa. Nada de individualismos, ni subjetivas maneras, sino Iglesia, que en ella está Cristo y todos somos hermanos.

Ved ahí por qué nos queremos de nuevo romeros, peregrinos con báculo y vieira a Compostela, y que torne a ser esa ruta de idéntica Cristiandad. Pues nada tan cristiano como esos jóvenes que llegan allí desde Roncesvalles o los que vienen de ultramar para ver también la estrella y postrar ante la urna santa los afanes de pueblos que nunca peregrinaron.

CÓMO DEBEMOS IR A COMPOSTELA

A Compostela, ciudad sagrada en el límite mismo de Europa, que aún guarda entre su vieja y preciosa arquitectura el fervor religioso y el vario colorido, abrumado de andadura, de innumerables peregrinaciones, debemos ir con el corazón abierto a la esperanza y la frente rendida a la predicación evangélica del andariego y santo Apóstol; que, asomado al mar, acaso soñó en otras lejanías que aún eran para el hombre insospechadas.

Compostela es una bella ciudad, una de las más bellas y emocionantes que ha labrado humano cincel. Pero debemos llegar a ella con verdadero espíritu compostelano. Y no es fácil calar en él, ni menos incorporarlo a nuestro ser. Se nos resistirá una y otra vez, como antaño Jericó. Nuestra constancia, empero, y la limpieza de mente y corazón lograrán perforar sus muros. Nada de entusiasmos románticos, ni siquiera estéticos, sino con el ánimo en plegaria y dispuesto el espíritu para percibir los aleteos del Señor. Sólo así le encontraremos en su recinto, y luego de encontrarle a él nos encontraremos también a nosotros, que es el máximo milagro de Compostela y del apóstol Sant-Iago.